

# EL AUTOBÚS

P. J. RIPLEY

Eran las ocho y media de una fría mañana de enero. El aliento de los transeúntes quedaba flotando en el aire, como si llevaran entre los labios un cigarrillo oculto. El autobús urbano hizo una parada, abrió las puertas, y fue engullendo a los viajeros que esperaban en la plataforma, junto a la acera. Llegó una señora a buen paso, y subió apresurada. Era la última.

-Uno por favor -dijo la viajera. Se la veía sofocada, a pesar del frío reinante. Llevaba el bolso en bandolera y una bolsa de plástico roja en la mano derecha. Era regordeta, de unos treinta y cinco años, y lucía una melena no muy larga, con los cabellos tintados en mechadas de tonos marrones, salpicados de hebras doradas.

-Señora, no admito billetes de veinte -dijo el conductor.

Ella rebuscó en el bolso, y, nerviosa, comenzó a sudar. Se metió luego las manos en los bolsillos del anorak y más tarde las llevó a los fondillos del pantalón.

-Pues lo siento, no llevo más pequeño -dijo ella, mientras se limpiaba la frente con un pañuelo de papel.

Se oyó un pitido de claxon prolongado, y luego otro. El autobús había parado, debido a las obras de la avenida, fuera de la parada habitual, y estaba ocupando parte de la calzada, entorpeciendo el paso de los demás vehículos.

-Mire señora -dijo el chófer que iba peinado con gomina y que ocultaba los ojos tras unas gafas de sol-, el reglamento no me obliga a aceptar un billete superior a diez euros, así que, si le cobro no le podré dar los cambios de veinte, sino un vale para que lo canjee en las oficinas centrales de la compañía.

-Pero, ¿no puede hacer una excepción? Necesito los euros, hoy, no un vale que no sé cuándo podré canjear.

-Es lo que hay señora. Eso o bajarse.

-Por favor. Si no pillo éste, llegaré tarde al trabajo. Esta línea es muy irregular. A veces el bus pasa cada media hora, y encima con las obras, ni le digo. Que por cierto, ya llevan tiempo, ¿eh?

-Señora, si tan mal ve las cosas ahí fuera, ¿por qué no se presenta para Alcaldesa? Las elecciones municipales están al caer.

-Oiga, encima no se mofe. Yo sólo quiero coger este autobús y punto.

-Bien, ya está dentro. Pero la cuestión es muy sencilla: o me paga y acepta el vale, o se baja.

-Escuche: estaré todo el día fuera y no llevo otro dinero encima. Haga una excepción, por favor. Toda regla que se precie, tiene su excepción.

-Señora, no me líe. Hago una excepción y ya estoy haciendo cincuenta. ¿Cómo no se agencia una tarjeta-bus? Es lo más cómodo para todos, señora.

-Sí que la tengo, sólo que está a cero, y no he tenido tiempo de recargarla. Mire, acabo de dejar a mis dos hijos en el colegio, y ayer tuve un día muy ajetreado.

-Escuche señora: no soy psicólogo. No me cuenta su vida ¿vale? –dijo el chófer mientras miraba por el espejo retrovisor. Numerosos coches se agolpaban detrás del autobús, y los pitidos iban a más.

-Un momento –dijo la viajera-, déme un segundo.

-Señora por favor, que estamos en mitad de la avenida, que estamos cortando la circulación. ¿Es que no se da cuenta? ¡Apéese!

-Oiga, nos está retrasando. Que todos tenemos problemas ¿sabe? -dijo una joven. Estaba colocada en los primeros asientos. Vestía unos pantalones pitillo azules, y un anorak marrón con cuello de piel de zorro, y calzaba unos zapatos negros de tacón alto.

-Entonces joven, ¿podría usted pagarme el *ticket*?

-¿Yo? ¿Por qué tendría que hacerlo? Sólo faltaba eso.

La viajera dio unos pasos hacia dentro del vehículo buscando desesperada quien le ayudase.

-Por favor -dijo levantando la voz y el billete de veinte euros-, ¿alguien tiene cambios o alguien me puede pagar este viaje? Se lo puedo devolver mañana mismo.

Nadie le contestó. Ella observó a un señor ya canoso, trajeado y con corbata, que estaba leyendo un libro. Se acercó hasta él.

-Por favor, señor ¿puede cambiarme este billete?

-Lo siento, no llevo suelto –dijo él sin levantar los ojos de la página.

“*Pero, si ni siquiera se ha mirado el monedero*”.

Junto al lector, iba sentado un chaval de unos dieciséis años.

-Señora, yo le pagaría el viaje, pero estoy *pelao*.

-No importa joven. Gracias de todos modos.

De fuera llegaban los bocinazos, cada vez más insistentes y ensordecedores.

-A ver, señora -gritó el conductor-. Que estamos formando un atasco de narices. ¡Bájese de una vez!

-Escuchen -gritó la viajera-: estoy a prueba en el trabajo. Es mi primera semana. Si llego tarde, de seguro que no me renovarán. ¿No hay nadie que me pueda pagar el *ticket* o cambiarme?

-Oiga, que nosotros también vamos a llegar tarde, y por su culpa -dijo la joven de los zapatos de tacón alto-. Por cierto ¿cuál es su trabajo señora, ya que tanto lo airea?

-Soy sexadora de pollos. ¡No te digo! ¿Satisfecha? A usted qué puede importarles cuál es mi trabajo.

La viajera no se rendía. Se adentró algo más, hasta la mitad del vehículo. Entonces vio a un hombre menudo. Llevaba un jersey de lana, de cuello alto, y estaba sentado, adormecido, con la cabeza ladeada hacia el cristal. Al pasar junto a él, le llegó una bocanada de alcohol. La viajera observó también a cuatro jóvenes. Tendrían unos dieciocho años, y estaban acomodados, con la mochilla entre las piernas, en los asientos del fondo, mirando absortos la pantalla del móvil, mientras movían con rapidez los pulgares.

-¡Señora! –se oyó la voz amenazante del conductor- o se baja ya, o llamo a la policía local. Usted misma.

De pronto, uno de los jóvenes levantó la vista del móvil. La viajera contempló su pelo rubio, ensortijado, y miró sus ojos azules, y vio en ellos la esperanza. “*Menos mal. Éste me salva, seguro*”.

-A ver, tía –gritó el joven de pelo rubio-, que ya me estás tocando la moral. Corta el rollo y bájate de una vez, o yo mismo te planto en la acera.

Ella se quedó muda, estática, como si le hubieran clavado los pies en el suelo. Luego agachó la cabeza y, dándose la vuelta, se ajustó el bolso en el hombro, y caminó despacio por el pasillo, aturdida y derrotada, dispuesta a bajar.

El borrachín, que dormitaba junto a la ventana, al oír los gritos del chaval, abrió los ojos y se pasó las manos por su pelo liso y canoso.

-Pero, ¿a qué viene este follón? ¿Qué diablos pasa? –preguntó.

-La gorda ésa que no tiene para el *ticket* –contestó el chico de pelo rubio.

El borrachín metió la mano en el bolsillo del pantalón.

-Señora, espere un momento.

La viajera volvió sobre sus pasos, y el borrachín se levantó, y, tambaleante, fue a su encuentro, y le entregó dos euros.

-Gracias señor. Mañana si lo veo, se los devuelvo.

-No hace falta, de verdad –dijo él. Luego regresó, inestable, al asiento, puso de nuevo la cabeza en el cristal, y siguió dormitando.

Lentamente, el autobús reanudó la marcha, y los demás vehículos le siguieron, en una procesión rodante, haciendo sonar las bocinas de vez en cuando, mientras los primeros rayos de sol caían desvaídos sobre la avenida, en la fría mañana de enero.